

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	
	Pasetas
Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10

PROVINCIAS

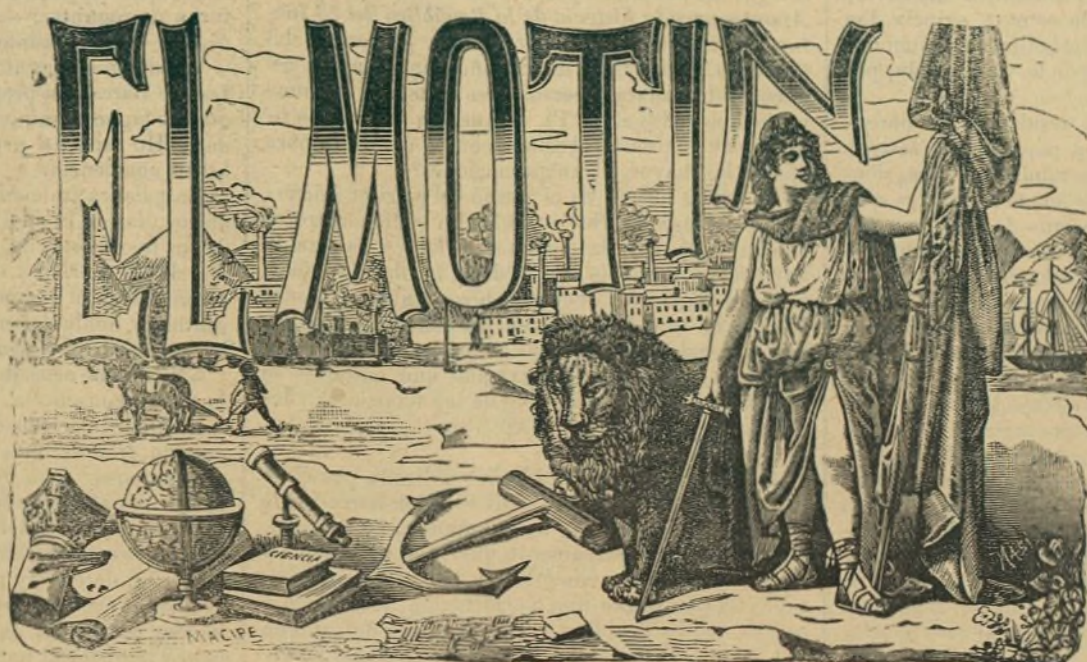
Tres meses.....	3
Sols.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar..	3 pesos

CORRESPONSALES

25 números de EL MOTÍN.	2,50
Idem del Suplemento....	0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

EL COMITÉ DE LA PRENSA Y EL SEÑOR PI Y MARGALL

A la carta fecha 30 de Agosto que el señor Pi dirigió al marqués de Santa Marta, presidente del Comité de la prensa republicana coligada, responde el Comité con la que sigue:

«Sr. D. Francisco Pi y Margall.

Muy señor mío: La carta suscrita por usted con fecha 30 de Agosto, y á que contesto como presidente del Comité directivo de la prensa republicana coligada y en nombre de mis compañeros, no ha podido menos de llenarme de asombro, así como á todos los que la han leído y conocen el contexto de la que yo dirigí á usted en representación de dicho Comité directivo.

Mi asombro, tan natural, reconoce por causa el ver que después de divagaciones sin fin y de excursiones históricas muy luminosas sin duda, pero de oportunidad discutible, deja sin contestación mi pregunta, perfectamente concreta, respecto de si podíamos contar ó no con su valioso concurso para llevar á sus legítimas y fecundas consecuencias la coalición de la prensa republicana. Esta omisión en punto tan esencial, justifica mi sorpresa, pues ni en usted puede argüir falta de inteligencia, ni en mi carta, tan clara y explícita, oscuridad ó confusión de conceptos.

Nada había en mi carta que pudiera servir de base á las aventuradas afirmaciones que hace usted al decir, por ejemplo, si el Comité que yo presidí sembró esperanzas, y la circular sobre rectificación del censo se deshizo en nieves que helaron aquellas; tampoco había para qué tratar por mi parte de dar satisfacciones al partido federal, á quien no se había ultrajado; ni había en mí posibilidad de agravio ni de lisonja en actos puramente personales á que debía permanecer ajeno. Mi explicaciones, en fin, no son tímidas y vacilantes, puesto que se limitan á consignar un hecho, ni deben tomarse como reparación á alguien, cuando no hay nada que satisfacer ó reparar.

En mi carta no había base para nada de esto; aunque usted lo haya entendido de otra suerte, no pedíamos á usted apreciaciones ni consejos, por más que unas y otros, por venir de usted, pesen mucho en los ánimos de los que no tenemos la pretensión de haber llegado á la infalibilidad. Cuanto yo decía á usted puede resumirse en esta pregunta tan sencilla y clara: ¿Podemos ó no contar con usted en la obra de fraternidad y concordia que hemos emprendido?

A pesar de tanta claridad y sencillez, la pregunta está en pie todavía, y á vuelta de tantos períodos castizos y esculturales como componen su carta, nos da usted noticias estimables, pero no solicitadas; apreciaciones pesimistas, que el tiempo se encargará de desmentir, por fortuna; bases de coalición que la experiencia ha declarado inadmisibles y que no habíamos demandado; todo, en fin, menos la solicitada respuesta.

Desgraciadamente no es hora ya de que nos forjemos ilusiones acerca de ese deplorable silencio. No ha combatido usted explícitamente los acuerdos de la coalición de la prensa, porque no puede ocultar-

se á su claro criterio que son justos, que son equitativos, que son razonables, que realizan, por decirlo así, el ideal de justicia á que debe aspirarse en toda coalición de agrupaciones democráticas. Pero no acepta usted esos acuerdos, los combate indirectamente, nos niega usted su concurso, porque queriendo abstraerse de los clamores de la opinión republicana, persiste usted en mantener, como norma inflexible de la coalición, unas bases estrechas, en que se cierra la puerta, en que se niega el pan y el agua del espíritu, el reconocimiento de su personalidad á los muchos y muy valiosos elementos republicanos que no se llaman precisamente pactistas ó progresistas, pero que con tanto ardor como aquéllos y éstos ambicionan el triunfo de la República; unas bases en que se imponen cambios de programa á las partes contratantes; unas bases, en fin, desautorizadas por la experiencia, piedra de toque en que el similor de las ideas erróneas se delata en su falsedad. Podrá usted ser muy ardiente partidario de la coalición republicana; podrá usted estar resuelto á firmarla á cualquiera hora del día; pero mientras no sepa usted sobreponerse al exclusivismo que le lleva á no admitir otras bases que las suyas, mientras persista usted en querer la coalición sólo mediante condiciones que la hagan ilusoria é inadmisible, será usted un ardiente coalicionista teórico, pero en la práctica un enemigo tenaz y encarnizado de la coalición.

Poco he de decir á usted sobre el efecto que supone hizo en algunos ardientes republicanos la circular sobre rectificación de las listas electorales. No haga usted aprecio de los que estimen inútil y deshonrosa en todas circunstancias la lucha electoral, porque usted, que, por virtud de dos coaliciones y dentro de la actual regencia es concejal y diputado á Cortes, sabe, tan bien ó mejor que yo, que la lucha legal es en muchas ocasiones conveniente y aun necesaria, y que contribuye mucho á crear costumbres políticas, á dar á los ciudadanos la conciencia de su derecho y á hacer más vigorosa y más temible su protesta cuando ese derecho es hollado por tiránicos poderes. Me parece que dieciséis años de ostracismo para los republicanos deben ir arraigando en el ánimo de usted la persuasión de que esos hombres que se asustan de circulares como la del Comité que me honro en presidir, no van á la lucha legal, pero tampoco han hecho cosa alguna de provecho para traernos la revolución.

Respecto á que este Comité conserve ó pierda su autoridad, los periódicos que le nombraron y los hechos han de decirlo, y no las opiniones hostiles á él, por respetables que sean. Habla usted de guerra de difamaciones y calumnias. ¿Qué responsabilidad cabe á este Comité en esa guerra, iniciada por publicaciones que defienden la personalidad de usted, y de que yo mismo he sido y estoy siendo blanco incesante? ¿Qué ha hecho el Comité directivo de la prensa republicana para promoverla ó alentarla? No cabe justificar ciertas cosas; pero es indudable, y así lo verá claramente quien no esté cegado por la pasión, que el motivo principal, que el pretexto más poderoso para esos ataques de que todos somos víctimas, es la actitud de mal encubierta hostilidad que usted ha adoptado frente á la coalición de la prensa. Si usted se hubiese adherido á la coalición, como han hecho otros insignes republicanos; si usted,

que no há mucho declaraba que, no sólo los republicanos, los hombres todos que amen la patria, deberían coligarse para arrancar la borja del abismo; si usted, que hace apenas seis meses afirmaba, con razón, que las ideas mantendrán siempre unido á su partido, cualesquiera que sean los términos en que la coalición se realice, nos hubiera prestado su apoyo en vez de mirarnos con glacial sequedad al principio y de hacernos la guerra después, ¿qué obstáculo habría ahora para la fraternal concordia á que aspiran los republicanos? La coalición sería hoy algo más que una aspiración generosa: sería un hecho.

Por lo demás, ni uno solo de los que asistieron á la reunión del 24 de Junio ignoraba el noble y enaltecedor móvil que la presidía; ninguno salió de allí con nebulosidades en su conciencia política; ninguno albergó en su pecho la mezquina idea de ser cabeza de algo allí donde sólo se pedían corazones; á ninguno se pidió el sacrificio de sus ideas: todos sabían que la coalición debe ser la unidad en la acción, la diversidad en las doctrinas; por eso la aceptaron y la hicieron; por eso la sostienen y la sostendrán.

Otra ha sido la conducta de los que, llamándose republicanos, no quisieron ir allá ó salieron arrepentidos de realizar un acto de nobleza; conducta que nada salva, y que pudiera comprometerlo todo si una debilidad punible nos hiciera retroceder en la senda emprendida á los que creíamos y creemos que el cariño une y fortifica y el odio disgrega y mata.

En una batalla decisiva como la que pretendemos librar, significa mucho la falta de un caudillo. ¿Podré encarecer á usted el sentimiento que nos embarca al ver que no está con nosotros, alentándonos con sus prudentes consejos, siendo freno y espuela al mismo tiempo de impacientes y rezagados?

Quédame, sin embargo, el consuelo de que el Comité, con la presidencia del cual tanto me honro, no ha prescindido de ninguno de aquellos elementos que anhelan el triunfo de la República.

No pienso imitar á usted haciendo la crítica de su actitud. Me limitaré á decir que la creo funesta para la causa republicana, altamente perturbadora del partido que usted dirige, y por tanto, nada favorable para usted mismo.

De usted atento S. S., q. b. s. m.—Por acuerdo del Comité directivo de la Prensa republicana coligada,

El Presidente,
E. P. DE GUZMÁN,
Marqués de Sta. Marta.

Madrid, 30 Septiembre de 1889.

PI JUZGADO POR CASTELAR

Como acontece con toda personalidad ilustre, en él ha hecho presa la leyenda. Hay un Pi y Margall de convención, que en nada se parece al auténtico. Aquel es un catalanista al modo almillaresco, vistiendo la roja gramalla del conceller y blandiendo la hoz de los segadores del Corpus sangriento: hacendista erizado de cifras; proteccionista y socialista; nada bien humorado; político rectilíneo, revolucionario de acción, enemigo jurado de la retórica como Ferreras y seco enfilador de silogismos; hom-

bre de Estado monolítico, que contempla impasible, con la mirada sin vista de la estatua egipcia, las inundaciones del Nilo y los torbellinos del simoun; inatacable por la vía seca y por la vía húmeda, por los óxidos y por los ácidos.

Pero el otro, el auténtico, resulta ser un barcelonés que se ha pasado 40 y pico, de los sesenta años de su vida, en Madrid, la ciudad maldita, siendo hoy no menos que uno de sus mas ilustres ediles: que habla y escribe la lengua de Castilla como quisieran muchos castellanos; que ha olvidado desde el acento hasta los giros del principado: y que conserva seriedad bastante para no calarse la barretina. El hacendista de la leyenda, solo por accidente se ha ocupado en cuestiones de Hacienda, de cuyo ministerio se sacudió bravamente en la situación republicana. El pretendido proteccionista lo fué, transitorio, allá por el 69: lo que induce á creer que al presente será libreecambista definitivo. El tremendo socialista, no ha causado, que sepamos, ningún grave desperfecto á la propiedad, ni tiene número en ninguna federación conocida, ni sistema definido, ni es, en suma, para la clase obrera sino un burgués bien alimentado, con tendencias á la obesidad como el propio Castelar, y tan liquidable como él en el primer ajuste de cuentas. Ni uno ni otro aportarán ese día al acervo común nada que valga la pena en materia de capitales.

Su carácter es plácido, agradable, como cumple á quien goza de buena salud. El seco ergotista de la leyenda es, so capa de aparente sencillez, el más fiel observante de los preceptos retóricos, desde la disposición del discurso hasta los atavíos y movimientos oratorios. Hay que cuidarse mucho de ese orador que se os presenta de perfil, cubierto la mirada con el cristal de las gafas, echando atrás el brazo izquierdo, en guardia el derecho, rígido el índice esgrimido como para perforaros el cráneo con un golpe recto y meteros dentro toda su ciencia y todo su pacto.

Pocos saben que ese floretista de la palabra ha pulsado la lira y compuesto tiernas endechas y dramas sentimentales que continúan inéditos. En esto de la política toma las rectas ó las curvas, según le conviene; trata de adaptarse al medio; jamás se ha sublevado, aunque ahora se empeña en no bajar con palma á la sepultura. Señor probo, respetabilísimo, de mucho talento, algo calamitoso en la gestión de la cosa pública, se enfada ó se ablanda, habla, calla ó cabildea, cuando su interés y la ocasión lo piden, y, lejos de ser el monolito de acero, que dijo el otro, tiene todas sus articulaciones corrientes, su alma en su almarío y está á la que salta, como cada hijo de vecino.

Se le conoce un amor, el pacto: un odio, Rispa: bien que este odio sea sólo un aspecto de aquel amor. La fe en la divinidad del pacto lo ennoblece y lo purifica todo á sus ojos; poco importa que el pacto se practique de abajo á arriba, ó se mixtifiquede de arriba á abajo, ó se nulifique entre arriba y abajo como parece ser la última fórmula coalicionista, ó no parezca por ninguna parte: esto es accidental; lo esencial consiste en la fe ciega respecto al derecho divino del pacto, en no retroceder ante el absurdo, ni ante el martirio... del país descuartizado; en creer y confesar lo siguiente:

«Acepto el principio del pacto como bueno; y firme en esta mi creencia, no me importan las consecuencias que puedan resultar de su aplicación; por lo tanto, si una ó más provincias probaran á separarse de la Nación al llegar á realizar el pacto, podrán hacerlo en virtud de derecho propio y dentro de su autonomía.»

Estas fueron las últimas palabras de Pi á los federales orgánicos. Rispa que oyó tal, hombre de poca fe, temió la tormenta que en el lago federal levantaba el hijo del hombre, dudó y renegó en mal hora del pacto. El maestro le asió bonitamente por el cuello, y dió con él de la barca en las olas amargas. Porque esto de las excomuniones lo maneja el señor Pi con más garbo y menos empacho que el propio Castelar.

Nadie con más derecho puede hoy llamarse víctima de las persecuciones al pensamiento humano. Cada obra suya ha sido á los ojos de los gobiernos un delito frustrado. A los diecisiete años escribe *La España Pintoresca*, y se quedó en el primer tomo. Los *Recuerdos y bellezas de España* hubieran fracasado si no se separa de la redacción. La *Historia de la Pintura* cayó en el primer volumen bajo las excomuniones de los obispos y una real orden de Bravo Murillo. La pregunta *¿Qué es la Economía política? ¿qué debe ser?* pereció á la primera entrega, sin que el gobierno aguardara la respuesta. La *Reacción y la Revolución* se estrelló á los comienzos contra la censura eclesiástica. La *Razón* murió á mano airada en 1856: tuvo que salir de *La Discusión* flagelado por diarias denuncias: director del

colega, hubo de abandonarlo á los seis meses. Sus *Apuntes para la historia de la República del 73* fueron suprimidos á la primer entrega por orden del gobierno. ¿Qué tiene de extraño que un autor así perseguido llegara á persuadirse de buena fe, como un tiempo creyó el Sr. Pi, de que, en materia de libertad de imprenta, bastaba con la del libro para operar las mayores transformaciones?

La cólera hervía en el pecho del escritor inicua-mente perseguido. Sus artículos no podían aparecer con su firma. Un día truena el cañón y se alza la barricada. El pueblo, harto de la insolencia polaca y de los negocios palaciegos, hizo temblar el trono. Tres días duró la lucha en las calles de Madrid. Nadie mandaba: cada cual podía decir lo que se le antojase. ¿Qué tiene de extraño que entonces se desatase el ciclón espantable de las amarguras y las cóleras acumuladas por el escritor y por el revolucionario?

A la vista tenemos una hoja publicada por él en lo más recio del combate. Allí se piden horrores: la libertad de conciencia, de enseñanza, de reunión, de asociación; el armamento universal del pueblo y el colmo de los atrevimientos; «unas Cortes Constituyentes que hagan una Constitución, formulada y escrita según las ideas y las opiniones del año en que vivimos.» Concluye la hoja con vivas á las libertades individuales, á la milicia nacional, á las Cortes Constituyentes, al sufragio universal y... á la reforma radical del sistema tributario.

Nuestros barbigonientes demagogos, para quienes todo el monte ha sido orégano, se sonreirán ante lo anodino de la proclama: ni un viva la República, ni un abajo la reina, ni la más modesta liquidación social. Pero han de saber que, no bien lanzado al público el incendiario papel, la Junta revolucionaria que funcionaba en la calle de Jardines prohibió la hoja, la recogió, puso mano sobre su autor y antecogiéndolo dió con sus huesos en dura prisión.

Bien es cierto que la hoja contenía trozos oratorios del corte de este que insertamos como muestra de la primer manera revolucionaria del Sr. Pi:

«¡Pueblo!! tú que eres el que más trabajas, ¿no eres acaso el que más sufres? ¿qué haría sin ti esa turba de nobles, de propietarios, de parásitos que insulta de continuo tu miseria con sus espléndidos trenes, sus ruidosos festines y sus opáparos banquetes?... La fatalidad de las cosas quiere que no podamos destruir del todo la tiranía del capital: arrancémosle por de pronto cuando menos esos inicuos privilegios y ese monopolio político con que se presenta armado desde hace tantos años.»

Los honrados mercaderes de la calle de Postas, que se batían contra los polacos porque no se les llevasen su dinero, salvaron sus modestos haberes y los trenes aludidos poniendo á buen recaudo al Baubé catalán. Hoy le encomienda la defensa de sus derechos quirritarios, sin alarmarse en lo más mínimo, el noble y poderoso propietario marqués de Santa Marta.

La persecución pasó de las obras á la persona del autor en 1866, con notoria injusticia: pues no hemos encontrado que el Sr. Pi se sublevara en aquella fecha, como tampoco se sublevó el 68, ni el 69. Pudo escapar de la policía refugiándose en Francia. En París se dedicó tranquilamente á escribir artículos para periódicos; y allí tuvo la desgracia de haber á las manos y traducir «El Principio Federativo» de Proudhon: los cubileteos dialécticos del gran sofista sedujeron y encantaron su ánimo: de entonces datan sus malandanzas. Proudhon fué su Wagner.

Arrancóle de tan perniciosa lectura, en Febrero del 69, el acta de Barcelona, no solicitada por él. El Sr. Pi siempre hace constar que no solicita los votos de los que le votan. Gladstone, recabando los de sus electores por valles y montes, debe tener á sus ojos algo del sacamuelas.

Este revolucionario, que á los sesenta y dos años cifie la corona de mirtos y liba la miel de los primeros amores con la revolución violenta; este destructor de creencias y destructor de naciones y sociedades, es el hombre más pacífico, ordenado y metódico que pasea por Madrid: por nada del mundo sale de su paso: come, trabaja, duerme y pasea cual si estuviera sometido á la regla conventual. Se le ve á veces en la Opera en el palco de Santa Marta. En el ministerio de la Gobernación, cuando ardía media España y la otra media estaba á punto de arder, examinaba á la hora debida y en el momento reglamentario, un expediente sobre aguas ó sobre alineación de una calle.

Barcelona, y con ella Cataluña, hablaba de declararse en cantón. Celebra el ministro una conferencia telegráfica con los presuntos jefes del movimiento. Aconseja, contesta, replica, se lamenta, amenaza... De repente calla el telégrafo. Los de

Barcelona esperan un momento... nada. Se aventuran á preguntar:—«¿Ha concluido el señor ministro?»—«No»—contesta el telegrafista de Madrid.—«¿Está en el aparato?»—«Sí» Después... silencio. Los de Barcelona preguntan al cabo:—«Pero ¿por qué no sigue el ministro?»—«Porque se ha dormido»—He aquí la prueba más concluyente de su buena conciencia.

La palabra traición resonó también en sus oídos en los días de la oposición y del poder. La censura de los insurrectos del Ferrol primero, y la infidelidad de los Anrich y los Contreras después, desataron contra él los acostumbrados improperios. Su sentida y noble defensa es uno de los trozos más hermosos de su elocuencia.

«Se me ha acusado de haber autorizado, ó por lo menos consentido, la última insurrección federal. ¿Cuán perturbada no debe estar la sociedad, cuando treinta años de una vida sin mancha no pueden poner á un hombre al abrigo de tan grosera calumnia! Desde los bancos de la oposición había yo tenido el valor, estando en armas mis correligionarios, de declarar que la insurrección dejaba de ser un derecho y pasaba á ser un crimen desde el instante en que, libre el pensamiento, podía realizarse por medio del sufragio universal. Desde el banco ministerial había sostenido que la insurrección, no sólo era un crimen, sino también el más grande de los crímenes bajo el régimen de la libertad, porque los demás afectan sólo intereses privados y el de rebelión afecta los altos intereses de la sociedad y de la patria. ¿Y acusarme ahora de que desde el poder autorizaba una insurrección contra la Asamblea y un gobierno republicano!... ¡Yo, señores diputados, que no quise tomar parte en la insurrección federal de 1869, en la que la tomaron casi todos mis amigos!»

Los que no se fijan en el fondo de las cosas y sí solo en las ceremonias exteriores, afirman que el señor Pi se ha coligado con los progresistas, y abominan de nosotros porque no hemos entrado en la coalición. Nada más equivocado que aquel aserto, ni más injusto que estas abominaciones. El Sr. Pi está coligado con nosotros. Ha elegido para representar el país el método acumulativo, esencialmente unitario, en cuya creación legal fuimos los únicos republicanos que tuvieron parte. Si acertase á venir la República blanda y sosegadamente, es decir, por nuestro método, la Constitución del 69 y la ley del 70 imperarían desde luego y serían el antemural de la dictadura y la anarquía; si viniera con lucha, es decir, por el método progresista, reinarían las juntas. Así lo ha dicho el Sr. Pi al coligarse.

Luego el Sr. Pi nos promete á nosotros la paz y á los progresistas la guerra ó la anarquía de las juntas. ¿Con quien está coligado el Sr. Pi? Esperamos que seguirá defendiendo nuestros intereses, que estimamos ser los del país, desde la jefatura que la minoría coalicionista acaba de confiarle.

(El Globo, 22 de Junio de 1886.)

VISITA PASTORAL

I

Pronto cundió la noticia de que el obispo de Tarragona iba á girar una visita á los pueblos de su diócesis, y no hay que decir el *jollín* que con tal motivo se armó en todos los puntos por donde había de pasar su ilustrísima, por que era necesario hacer preparativos para recibirlo dignamente.

Pero donde se armó la zambra hache fué en Paracuellos.

Había que ver al *curanfíbio* Ramón, conocido por *Pelo de rata*, y que, según malas lenguas, piensa más en jugar al truque, al guiñote y en hacer trampas cuando buenamente se descuidan los contrincantes, que en las cosas sagradas; había que verlo con la sotana remanada y la teja echada hacia atrás, correr de un lado á otro animando á las gentes á soltar los ochavos, con el objeto de que contribuyeran al mayor esplendor en la fiesta.

No dieron, sin embargo, resultado las gestiones practicadas cerca del sexo feo, y decidió atacar con energía al elemento femenino.

Na se equivocó al variar de rumbo. La Congregación de las Hijas de María costeó un arco que se había de levantar, y se levantó, en el mismo andén de la estación férrea de la localidad.

El hombre, digo, el cura, no cabía de gozo

en la sotana. ¡Un arco, nada menos que un arco!

Al saber el prelado que por gestiones suyas se le había levantado aquello, le otorgaría alguna gracia; esto era indudable, y así lo pensaba Ramoncete, mientras se bañaba en agua de rosas.

Ahora sólo faltaba que la indispensable dedicatoria fuese llamativa; pero nuestro presbítero se hacía un lío y no conseguía dar en el quid, hasta que tuvo necesidad de recurrir a un vecino, compañero de guñote y guasón si los hay.

—¿Qué vientos le traen á usted por aquí?

—Hombre, vengo á pedirle á usted un favor señaladísimo.

—Señale usted.

—Voy allá. Necesito que me haga usted la dedicatoria para el arco del señor obispo, por que yo estoy desde ayer dándome de calabazadas, y, nada, no doy con ella.

—Pues es la cosa más fácil del mundo.

—Diga usted.

—¿No son las hijas de María las que lo han costado?

—Sí, señor.

—Pues bien; no hay mas que poner lo siguiente:

«Las hijas de María se lo dedican al señor obispo.»

—¡Admirable! — exclamó entusiasmado el páter, tirando la teja al aire.

Y salió de allí más alegre que unas pascuas, sin notar, hasta que después se lo advirtieron, que en aquella dedicatoria había algo que se prestaba á maliciosos comentarios.

II

La estación estaba atestada de borregos que esperaban impacientes á su pastor. Debajo del famoso arco se había colocado una mesa con botellas de licor, azucarillos y demás menudencias. Aquello parecía un aguaducho en noche de verbena.

Las Hijas de María, con sus mejores galas, rodeaban el monumento, no fuera que á alguno de los allí presentes le entraran ganas de dar un avance á las bebidas.

Pelo de rata dirigía sin cesar miradas impacientes hacia el punto por donde debía aparecer el tren, y de cuando en cuando hacía señas de inteligencia á un mocetón fornido que, armado de una caña de regulares dimensiones, estaba colocado en un extremo del andén.

De pronto se nota en las masas inusitado movimiento... Se ha oído el silbato de la locomotora...

¡Qué emoción!... ¡El tren está á la vista!... ¡Se acerca con asombrosa rapidez!... ¡Se aproxima el momento solemne!...

El sotana, poco acostumbrado á estas cosas, hubiera hecho en aquel instante voto de no tener ama en su vida, con tal de estar á cien leguas de allí...

Sin embargo, hace un esfuerzo y se abre paso por entre la apiñada masa de carne humana que le rodea; se acerca al tren, que se detiene en aquel momento, y ayuda á bajar del coche á monseñor, al par que hace una seña al feligrés en bruto de que antes hablamos.

Inmediatamente se escucha una espantosa detonación que siembra el espanto entre la multitud, mientras su ilustrísima, que se disponía á largar unas cuantas bendiciones, se queda con la mano levantada (como si fuese á largar una galleta episcopal), un pie en el estribo y el otro vagando en el espacio.

El susto fué mayúsculo, pero pronto volvieron los ánimos á tranquilizarse, por que, á más de unas cuantas copas de licor que se trasegaron, dijo el atolondrado Ramón que aquellos eran unos petardos que él mandó disparar para dar mayor solemnidad á la recepción.

No faltó quien entonces le felicitara por aquel acto de estrepitosa adhesión, ni quien después lo censurase; por que, según decían los vecinos del pueblo cuando los abandonó el obis-

po, éste sólo dió más ruido que todos los petardos juntos...

¡Había caído allí como una bomba!

ARTURO RAMOS.

MONJA Á LA FUERZA

A las ocho y media de la mañana del domingo 22 del actual se presentó en la peluquería de la calle de Carretas, 15 y 17, una joven y agraciada hermana de la caridad, rogando al dueño, señor Gascón, que le permitiera escribir allí una carta.

Dicho señor, á quien extrañó el estado de excitación en que la joven se hallaba, invitóla á subir á su domicilio, sito en el piso tercero de la misma casa, donde se hallaba su señora y podría escribir tranquilamente sin llamar la atención de los numerosos parroquianos que acuden al salón.

Aceptó la religiosa con grandes muestras de alegría, y una vez á solas con la dueña de la casa, manifestóle que se había fugado del Asilo del Niño Jesús por los malos tratamientos que recibía de su superiora, y que deseaba que la carta que iba á escribir llegase á manos de una compañera y amiga suya que estaba en dicho asilo, y que se echase al correo otra carta que dirigía á Málaga.

La primera fué remitida á su destino por un mozo de cuerda, y á las once y media se presentó en casa del Sr. Gascón, no la amiga de la hermana, sino su superiora.

Nada de guardar las formas de buena educación, nada del respeto debido al domicilio ajeno.

A viva fuerza sacó á la joven de la habitación, y, haciéndola bajar á empujones la escalera, la metió en un coche que esperaba á la puerta.

¿Dónde la condujo? Esto es lo que no se sabe, aun cuando se supone que á las Arrepentidas, pues según averiguaciones particulares no se encuentra en el Asilo.

Parece ser que la joven viene siendo desde hace tiempo monja á fortiori, pues habiéndose enamorado en Málaga de un practicante del hospital, se la condujo á la fuerza y de incógnito al Asilo del Niño Jesús de esta corte.

Demostrado, como está, que esa joven aborrece la vida de comunidad, ¿por qué la retienen en el convento contra su voluntad? Y si tal tiranía se ejerce con una hermana que no tiene votos perpetuos ni guarda clausura, y, por lo tanto, puede participar al público los abusos que con ella se cometen ¿qué no ocurrirá en los conventos de monjas propiamente dichos, donde tantas y tantas viven renegando del hábito, sometidas á él por la fuerza, sin poder comunicar á nadie las torturas y vejaciones que sufren?

En el caso que nos ocupa, las autoridades de Madrid debieran averiguar si efectivamente se halla esa joven en las Arrepentidas ó exigir de la superiora del Asilo que diga su paradero para cerciorarse si la interesada quiere renunciar á la toca, y prestarle el auxilio necesario para que nadie contrarie su voluntad.

Aquí ni siquiera tienen el pretexto de que existe un voto perpetuo, que solo el papa puede dispensar.

Una hermana de la caridad sólo promete serlo por determinado número de años.

¿No le agrada después esa vida? Pues nadie puede obligarla á seguirla forzosamente, y la autoridad está obligada á ampararla en su derecho.

¿Lo hará el señor Aguilera? Creemos que sí.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Antes tenían de común Orihuela y la Rioja que en ambas huertas se dan buenos pimientos.

Ahora tienen otra semejanza: que en una y otra parte brotan predicadores facciosos.

El sermoneo que el jesuita Lesquivar eructó en la catedral oriolana, en nada desmerece del famoso de Haro. ¿Qué digo desmerecer? Le da quince y raya en virulencia carcunda.

Después de desahogarse á sus anchas contra los liberales, dijo:

«Sé que tengo pena de presidio al hablar de la manera que lo hago, pero por lo mismo que se nos trata de «poner una mordaza he de hablar más claro.

«Hay que concluir por todos los medios posibles con el «liberalismo y con los que lo profesen.»

El efecto que semejantes frases produjeron en el auditorio, no es para descrito: momentos hubo en que alguien temió que el loyola bajase de cabeza del púlpito á manos de algún exaltado; pero la cordura y templanza que distingue á los liberales y que ya va siendo pernicioso, evitó el conflicto.

Sin embargo, todo tiene límites, hasta la prudencia inclusive; y no sería extraño que en vista de que ni obispos ni gobiernos contienen ese desbordamiento de furor carlista que hoy priva en los púlpitos, hartos los liberales ya de injurias y destemplados ataques, se tomasen la justicia por su mano haciendo un escarmiento ejemplar.

Después de todo, un fraile ó un cura menos, no valen lo que la paz y el reposo de la nación.

Es costumbre en Marbella amenizar los bautizos con un poquito de música ó trompetería de órgano; pero un día el *remojanenes*, dijo á los padrinos de uno que no había murga.

Empezaron á murmurar los concurrentes y hasta uno habló de llevar el chico al registro civil.

¡El páter que lo oyó! Púsose hecho una fiera, y encarándose con la comitiva, dijo:

—Tres puertas tiene la iglesia. ¿Ustedes no saben cuáles son?

—No, señor.

—Pues yo les enseñaré una—y no sólo se la enseñó, sino que les hizo salir por ella á la calle.

Conste que había ya cobrado el bautizo por adelantado, y en eso estuvo precisamente la falta de los expulsados padrinos.

El que tenga la pernicioso costumbre de utilizar los servicios de los curas, no debe pagar sino tarde ó nunca.

Porque es sagrado deber
de la humana criatura
deberle dinero á un cura,
y en gordo, si puede ser.

El último fraile que, según mis noticias, se ha desbocado por esos púlpitos vascos, ha sido un tal padre Triviño, que rebuznó días pasados en Tolosa.

Disparó sendas coces sobre los liberales; dijo que ellos tienen la culpa de que el papa esté prisionero en Roma, y que, para librarle, sólo se necesita infantería, caballería y artillería.

Comparó el liberalismo con el venenoso alcohol de muchos grados, y, cansado, mas no harto de disparatar, terminó con esta frase: «¡Maldito sea el liberalismo!»

Es de advertir que el reverendo es natural del mismo Tolosa, donde todo el mundo le conoció ejerciendo de cómico en el escenario de la sociedad *La Amistad*, hasta que se metió en el convento de Zaraus, de donde salió hecho fraile.

Es decir, que ha cambiado de hábito, mas no de oficio, pues sigue representando farsas, con la diferencia de que las de antes entretenían á las gentes, y las de ahora pueden convertirse en tragedia, si quien debe evitarlo no lo hace.

Por lo demás, las personas de buen sentido lo mismo le silban ahora que antes.

Un señor de Lora del Río publicó un escrito combatiendo la sodomía, de que, según parece, se han dado allí algunos casos.

Y ¿quién creará el lector que salió á la palestra combatiendo dicho escrito y defendiendo á la honorable clase de vecinos de Lot?

Pues todo un señor de presbítero, que ha resultado poeta, soltándose por quintillas.

La síntesis de su escrito está en la siguiente con que lo termina:

«Tenga usted siempre presente
que Dios, benigno y clemente,
tiene en su Evangelio escrito:
Compadece al delincuente
y aborrece su delito.»

No, con perdón del inspirado presbítero.

Lo que hay que tener presente,
y perdone su merced,
es que dice Dios clemente:
Compadece al delincuente,
y arrímale á la pared.

La Sociedad Económica de Santiago costea una clase gratuita de francés, y exige á los que hayan de asistir á ella que presenten un certificado de pobreza, firmado por su párroco.

Un joven obrero que deseaba aprender dicho idioma, encargó á su madre que pidiese el certificado al cura de San Miguel.

Este (el cura) examinó los libros donde anota los que *cumplen con la Iglesia*, y, como entre ellos no estaba el solicitante, se negó á dar el documento.

Muchos de los que en adelante necesiten utilizar aquellas aulas confesarán para salir del paso, y de ahí la mar de actos de hipocresía que en caló místico se llaman sacrilegios.

Eso lo saben perfectamente los curas; pero ¿qué les importan los sacrilegios, con tal de cubrir las apariencias, y que los tontos vean el confesonario concurrido?

La cuestión es atraer público á los kioscos penitenciales, que cada vez van estando más desiertos.

Por poco dinero, poco jaleo; pensó sin duda el *oremus* de Paralejo cuando le avisaron que tenía que acompañar el cadáver de un pobre.

—Traiganle ustedes por la puerta de la iglesia, que yo no me muevo de ella—dijo á sus parientes.

Llevaronle en efecto; á regañadientes refunfuñó cuatro latines, y enseñó á la comitiva el camino del cementerio, pero se abstuvo de ir.

Antes de que se pusiese en marcha, y como tuviese hambre, dijo al *sacris* á presencia de todos:

—Vete á la taberna á buscar algo que merendar.

Cuando volvían del cementerio los acompañantes, cura y sotanilla estaban á la puerta de la tasca, tirando de pan y tasajo y remojándolo con sendos tragos de mosto.

—No son al dolor ajenos,
exclamó al punto un vecino
viendo á los dos tan serenos;
pero los duelos son menos
con pan y tasajo y vino.

Nuevamente se encuentra en Covadonga, de regreso de su excursión á Madrid, el canónigo Rueda, aquel á quien regalaron una carga de *palo santo* por cuestión de falda femeniles.

Sin embargo, como no ha perdido la afición á ellas, á su paso por Cangas recogió á la joven y maciza Perfecta, que tuvo de ama antes de su excursión á la corte, y la llevó á Covadonga.

Desde su llegada, han notado las gentes que la bien avenida pareja no sale de casa, ni aun para misear el *berrendum*, y dicen la mar de cosas, todas á sión á cual más maliciosas é injustas.

¡Murmuradores! Ni siquiera tienen en cuenta que, al cabo de seis meses de ausencia, tendrán muchas cosas que comunicarse.

Y, sobre todo, ¿qué les va ni les viene en lo de Rueda y su ama?

Se presentaron dos frailes en Torquemada con intención de dar unos cuantos *sablazos*; pero el alcalde, que no tiene nada de tonto, les agió el viaje diciéndole que no toleraba en el pueblo la mendicidad bajo ningún pretexto ni forma.

—Es que estamos necesitadísimo—dijeron los pediguñeos.

—En tal caso—les contestó el alcalde—si quieren ustedes trabajar en una industria que yo exploto, podrán ganarse un jornal decente, y...

Con la palabra en la boca le dejaron al oírle hablar de trabajo, pusieron pies en polvorosa y abandonaron el pueblo.

¿Querer que trabajen lo frailes en vez de andar estafando al prójimo el fruto de su trabajo? Eso no se le ocurre mas que al alcalde de Torquemada.

Y es lástima, porque si se les ocurriese á los demás de España, nos libraríamos de esa calamidad.

Hubo en Minas de Ríotinto un cura llamado Antonio Muñoz, rara avis entre los de su clase, que por su carácter se había granjeado bastantes simpatías y sólo cobraba noventa reales por todos los requisitos de una boda.

—Ese los está enseñando á malas costumbres—debió pensar fray Ceferino, y lo remplazó con otro *cuervo* que tasa los casorios en cuarenta y siete pesetillas, y ni á Dios le echa el trapo menos de esa cantidad.

Estaba por aconsejar á los vecinos de Ríotinto que no se quejasen de tan explotador *cucaracha*, no sea que en el arzobispado tengan otro de reserva más codicioso todavía.

Porque ya es sabido que á un cura malo sigue otro peor, y á éste uno pésimo.

El *Boletín Oficial* del obispado de Málaga dice que á su ilustrísima le ha llamado la atención la ignorancia que algunos curas demuestran acerca de las disposiciones insertas en dicha publicación.

«En cambio, dice nuestro apreciable colega *Las*

Noticias, comentando ésta, no dejarán de leer algunos la sección de *Flores Místicas* de EL MOTÍN.» Naturalmente; como que, ó buscan en ella la crónica fiel de sus hazañas, ó las de sus compañeros en sacerdocio.

Además, la lecturas del *Boletín* diocesano es aburridísima, mientras que la de EL MOTÍN es el grato solaz de las familias, tanto clericales como laicas, dicho sea dejando la modestia á un lado.

Explota Marcelino el curato de Zarzalejo, donde vive, y el inmediato pueblo de Paralejo adónde baja á misear una vez por semestre, ó cosa así.

En cambio, que le avisen para un bautizo, boda, entierro ó cualquier otra chapuza productiva; entonces se ve lo que vuela un *cuervo* á caza de metales.

También presta sus servicios por las casas de campo inmediatas, donde, además de cobrar sus tareas, se pega de gorra, ó de solideo, á comer y beber, atracándose como un buitre.

Que Dios le ponga donde haya dinero, comida ó bebida, que lo demás corre de su cuenta.

—¿Conque tú eres el *parrocán* de Fuentes de San Pedro?

—El mismísimo.

—¿Aquel que, encolerizado contra los masones, rompió de un puñetazo una tabla del púlpito.

—Precisamente.

—Pues choca, que eres un mozo de *buten* y casi correligionario mío. Ya ves, yo deseo que desaparezcan todos los parapetos sacros, y tú los destrozabas.

Conque, ánimo; duro en ellos, y allí me las den todas.

Esto vaticinó Tomás, profeta de sotana que ejerce en Cariñena.

«Ni la ciencia ni el sulfato de cobre salvarán las coquechas en cinco años, porque estáis todos condenados, y esto es un castigo de la Providencia.»

Y se cumplirá la profecía ¡ya lo creo que se cumplirá!

Si lo dudan aquellos feligreses, empleen el dinero que habían de dar al cura en sulfatar y preparar convenientemente las viñas, y verán si brota cada racimo como cabeza de clérigo, en justo castigo á su perversidad.

Se dice que á un preso de la cárcel de Huelva que no quiso confesarse con el capellán de la casa, se le encerró á petición de éste en un calabozo lleno de inmundicias, cuyas emanaciones apenas le permitían respirar.

Convendría que por la dirección de Penales se averiguase lo que haya de exacto ó inexacto en esta versión, y, de ser cierta, se aplicase el debido correctivo, no sólo al *cucaracha*, sino también, y más severamente, á los que se hubiesen prestado á secundar sus evangélicas venganzas.

CONSULTOR DE FELIGRESES

Tortosa.—¿Podría usted aclararme la siguiente duda? Los judíos que cumplen perfectamente sus deberes de ciudadanos, hijos, esposos y óptimos padres de familia, ¿se salvan ó se condenan?

—Se condenan sin remisión, amable comunicante. Jehová, que antes los consideraba como su pueblo querido, los ha dejado de su mano desde que sus antepasados hicieron aquella barrabasada del Gólgota.

Al menos así lo dicen los curas, que juzgan á Dios tan vengativo como ellos y castiga en los israelitas vivientes el delito cometido por sus antepasados de há miles de años.

PALOS Y PEDRADAS

Por el gobierno civil de Valladolid se ha dirigido una circular á los alcaldes de la provincia, para que persigan y castiguen la blasfemia imponiendo veinticinco pesetas de multa al que incurra en ella por primera vez, y ciento veinticinco á los reincidentes.

A pesar de que la multa nos parece excesiva, nada tendríamos que objetar si se hubiese tomado esa determinación con el objeto de evitar la blasfemia, por ser, como es, una grosería de lenguaje, impropia de pueblos medianamente cultos.

Pero, no, señor. Según el documento, se persigue porque «ataca por su naturaleza el sentimiento religioso de la generalidad en lo que tiene de más sagrado, y digno, por todos conceptos, de respeto».

¿Ignora el gobernador de Valladolid que precisamente en los pueblos más fanáticos es donde más se blasfema? ¿No recuerda, entre otros mil ejemplos, que desde tiempo inmemorial los fervientes católicos aragoneses ensalzan á su patrona añadiendo una de las más enormes blasfemias?

Ese vicio es ajejo en nuestra católica España, educada por frailes y curas; y si ellos, que disponen del púlpito

to y el confesonario no han podido desterrarle, ¿no es una verdadera quirotada que la autoridad civil se meta á desfacer entueros que sólo á la eclesiástica corresponde enderezar?

Buenas escuelas, que no circulares ni bandos, son las que hacen falta para corregir la blasfemia.

El ayuntamiento de Ronda imita á muchos de España en no cumplir la ley que le obliga á sostener un cementerio civil, ó neutro, por lo menos, y, naturalmente, á cada paso ocurre un conflicto.

Ultimamente murió allí un librepensador, ordenando en su testamento que se le enterrase civilmente y con una banda de música, para que los librepensadores tibios y temerosos del *qué dirán* encontrasen un ejemplo que les sirviera de estímulo.

Se pidió al alcalde la autorización para hacer el sepelio en el cementerio único, y se interpuso el capellán, pidiendo que se negara al cadáver la sepultura entre los católicos. Fué el monterilla demasiado blando, y, bajo la presión del clero, ordenó que el difunto fuese enterrado en el corral de la casa del guarda: además negó el permiso para que asistiese la banda de música, bajo pretexto de orden público. Esto no obstante, el acompañamiento fué numeroso, como no se ha visto otro en aquella ciudad.

Esfuércense cuanto quieran los *cucarachas* rondeños, que, aunque encuentren alcaldes dóciles á sus exigencias, la mayoría de la población será siempre librepensadora y protestará contra esas alcaldadas, como protestamos nosotros en nombre de las leyes conculcadas por ese alcalde, servicial lacayo de los curas.

Nuestro querido amigo y correligionario D. Juan Verde inscribió días pasados en el Registro civil un hijo suyo, evitándole el catarro que generalmente acompaña al chapuzón sacro, y ahorrándose unos cuartos que probablemente los curas hubiesen dedicado á incienso de trabeuco.

El mismo procedimiento que siguió hace año y medio con otro niño, al que le debe hacer poca mella el pecado original que lleva encima, porque come como un prior y corre más que el *chapa* en Oroquieta.

Deseamos igual suerte al recién inscripto y felicitamos á sus padres por esta nueva prueba de sus arraigadas convicciones librepensadoras.

NOTICIAS BIBLIOGRAFICAS

Se ha puesto á la venta el tomo 62 de la popular Biblioteca *Demi-Monde*.

Es una preciosa novelita, titulada *El Viejo Verde*, original de D. E. Mozo de Rosales, y de seguro ha de obtener gran aceptación entre los aficionados al género á que pertenece.

Consta de 80 páginas en 8.º, con caprichosas cubiertas; y, como las demás de la colección, se vende á *peseta* en la administración editorial de F. Bueno y Compañía, Fuencarral, 98, Madrid, en esta redacción y en las principales librerías.

Se han repartido y puesto á la venta los cuadernos 46, 47 y 48 del *Diccionario Biográfico Geográfico Estadístico y de la Lengua Española* que, bajo la dirección de D. Enrique Jaramillo, publica la casa editorial de los señores Gutiérrez y Compañía, Corredora Baja, 27, tercero, Madrid, al precio de *veinticinco céntimos* cada uno.

OBRAS NUEVAS

ALMANAQUE DE EL MOTÍN para 1890

A fines de la semana próxima se pondrá á la venta.

Precio: UNA peseta.

GARROTAZO LIMPIO POR JOSÉ NAKENS

PRECIO: DOS PESETAS

LAS RUINAS DE PALMIRA

Meditación sobre las revoluciones de los imperios.

seguida de *La Ley Natural*.

POR C. F. VOLNEY

Precio: una peseta.

Los suscriptores directos á EL MOTÍN, y los que en adelante se suscriban, pueden adquirir estas obras, y las demás de nuestra Biblioteca, con el *cuarenta por ciento* de rebaja, francas de porte. *Pago adelantado*.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.